

PLÁTICAS DOCTRINALES  
DEL AMOR PROPIO Ó DE SÍ MISMO.

*Plática primera: el amor propio manifesto y descubierto.*

¡Infeliz y miserable condicion de la vida humana! Como sino bastara para hacer sin igual su miseria contar por enemigos que pueden concurrir á su pérdida á cuantas criaturas la rodean, estar compuesta como un edificio tan fragil que cuantos son los poros por donde respira sean otras tantas puertas por donde tenga franca entrada la muerte: como si esto digo no bastara, alli mismo encuentra comunmente su mas cierta ruina adonde tiene su principal origen. La sangre, porcion la mas noble entre las materiales de esta animada máquina, admirable instrumento de todas sus funciones, que con un giro continuo y nunca interrumpido va dando la vida á todas las partes y miembros por donde pasa, es el vehiculo de nuestras mas peligrosas enfermedades, el manantial funesto de nuestros males, y el

ministro mas inexorable de la muerte: la menor alteracion en su curso que le retarde, ó le acelere; cualquier nocivo cuerpecillo que inficione su masa basta á engendrar las enfermedades mas perniciosas y á quitarnos la vida ¡Infeliz, vuelvo á decir, y desdichada condicion la de la vida del cuerpo! Pero mas infeliz y miserable la de la espiritual vida de nuestros afectos.

El soberano autor puso en nosotros un impulso ó inclinacion ácia nuestro bien; un insaciable deseo de lo bueno, que siendo el origen de todas nuestras inclinaciones, el resorte que mueve todos nuestros afectos fuera el dichoso principio que nos llevara á la felicidad. Todos los hombres, dice el gran padre S. Agustín, tienen este amor; este peso que los arrebatá ácia su bien, no aprendido con la edad, ó con el trato, no enseñado por los maestros y libros; sino impreso y gravado profundamente en el alma por la poderosa diestra de su sabio hacedor. Pero torcido el rumbo de esta feliz inclinacion por los atractivos del placer y la comodidad, inficionando este amor que todo lo mueve la debil luz de nuestro entendimiento, que representa con todas las apariencias de bien el mismo mal, y lo que es mas por la corrupcion que causó en

nosotros la original culpa rebelándose la altanera tropa de nuestros apetitos contra la razon; no llegando á nosotros el conocimiento de lo bueno sino por medio de los sentidos tenaces partidarios de las pasiones: el amor de nuestro propio bien, segura guía que nos llevara al término dichoso de la felicidad, se ha convertido en aquel amor, que es la raiz funesta de nuestras desdichas. Quiero decir en aquel enemigo cruel y doméstico que da el ser á todas las pasiones, las fomenta y anima, aquel que siendo mas antiguo en nosotros que la virtud se amotina con toda la rebelde tropa de los apetitos contra la voluntad y la razon que pretenden resistirles: aquel contra quien declaró principalmente la guerra el Salvador del mundo bajando desde el cielo á la tierra para destruirle: aquel perseguidor del alma que, segun el doctor angélico, es la causa de todos los pecados, contra quien han armado sus plumas todos los doctores místicos colmándole de oprobios aun los mas ignorantes: digámoslo en una palabra, que lo explica todo, en el amor propio que ha de ser el objeto de nuestra esplicacion en estas tardes. Alguna vez llegó á tal extremo la inhumana fiereza de aquel oprobio de los hombres, Neron, que deseaba con an-

sia poder unir en una cabeza sola todas las de Roma para acabar y destruirlas á todas de un solo golpe: deseo abominable digno solamente de aquella fiera: pero que con la debida proporcion deberá ocupar nuestros corazones para que, viendo como cifradas en el amor propio todas las pasiones y unidos en su malicia todos los vicios, en el solo declararemos la guerra á los demas.

Y á la verdad que si en conocerle y vencerle consiste toda la perfeccion y la práctica mas santa de la moral cristiana; si nuestro maestro Jesucristo puso por fundamento de su doctrina, y estableció por caracter que distinguiera á los suyos la victoria del amor propio, yo no podia haber elegido materia mas util, ni mas digna de vuestra atencion. Pero como la enfermedad no se conoce con provecho si no se aplica la medicina, ni esta puede ser oportuna si el mal no es conocido; yo debo hacerlos antes conocer este amor y sus engaños para esponer por último el remedio. Por tanto, el amor propio manifestado y descubierto; el amor propio encubierto y disfrazado; el amor propio vencido y curado consigo mismo sean los tres puntos de estas tres exhortaciones.

Mas veis aqui que siendo el amor

propio la pasión favorita de todos, todos hablan de él y muy pocos le conocen: ó ya sea que convirtiéndose como otro Protheo en todas las abominables formas de los vicios, unas veces aparece con el semblante mas horrible de los unos, otras con la figura mas alhagüeña de los otros: ó ya que siendo él, segun la bella espresion de San Agustín, el que escita en el corazón del hombre la confusa Babilonia de afectos que le dividen, no sea facil entender su language, no hay quien no sienta sus efectos y pocos hay que puedan explicarle. Pero, si consideramos el efecto de esta inclinacion, el centro adonde nos lleva su peso, no es otra cosa, segun explica el doctor angélico, ó ya se contemple en la parte inferior del hombre que llamamos apetito, ó en la superior que es la voluntad, que una desordenada inclinacion ó deseo del bien util y deleitable sin respeto á su honestidad ó á la repugnancia de la razon y de la ley. De él nacen desde luego, como hijos los mas queridos y con quienes divide su imperio, las dos potencias concupiscible é irascible. La primera, al parecer de índole mas blanda, es la inclinacion á seguir el bien y aborrecer el mal solo por la comodidad del uno é incomodidad del otro:

la segunda, mas orgullosa y altiva, es esta misma inclinacion que se levanta y esfuerza á vencer las dificultades y escollos que se presentan en el logro del bien ó huida del mal. Cuatro son, dice el catecismo, los principales efectos de esta inclinacion: el gozo que es aquella alegría que se siente en la posesion del bien deseado: el temor aquel sobresalto y penosa fatiga que experimentamos cuando nos amenaza algun mal: la esperanza que es un deseo de los bienes que podemos conseguir y á que aspiramos; y el dolor que es aquella angustia ó pena que nos causa el mal presente. Veis aqui las hijas principales y herederas del amor propio, felices ciertamente y útiles si, de acuerdo con la razon y con la ley, se sirvieran de sus luces para dirigir sus pasos. Pero precipitadas y ciegas sin querer otra ley que su capricho, rebeldes despues de la original culpa, sacudiendo el yugo de la razon, son la causa de todos los desórdenes y las que llamamos pasiones.

Con haberos dicho que el amor propio es el padre y origen de todas las pasiones, he dicho cuanto puedo para daros una idea cabal de él y mostraros su deleznable condicion. Porque ¿qué cosa son pasiones y que significamos con este nom-

bre? Son aquellos enemigos caseros que habiendo salido de nuestro mismo seno le rasgan y le despedazan, tan insaciables que si se condesciende con ellos se irritan, si se les niega lo que piden, claman y gritan hasta conseguirlo. Enemigos tan infatigables que mil veces vencidos vuelven con nuevo esfuerzo á darnos guerra: tan vigilantes que nada se les escapa: siempre presentes van con nosotros donde quiera que vamos: los mas artificiosos igualmente terribles en él tumulto de una guerra abierta, que en el silencio de una paz fingida. Ya son un impetuoso torrente que todo lo arrebató y lleva tras sí, y ya son un sutil veneno que apoderándose insensiblemente del alma no se conoce el contagio hasta que, hecho dueño de todo, no hay recurso: ya unidas en tropa acometen de tropel á nuestro corazón sin poder discernir cual pasión es la señora porque todas igualmente nos dominan: ya sucediéndose unas á otras cada cual á su turno tiene el imperio sobre el corazón: deja de incharnos el orgullo y nos lisonga el amor: la ira nos agita cuando el amor ha calmado: el fausto nos envanece cuando la ambición no nos pica. Todo esto son, señores, las pasiones legítimas hijas del amor pro-

pio, que tanto como esto nos quiso significar el catecismo en sus breves cláusulas; ¿qué cosa son pasiones? impetus ó turbaciones interiores que nos ciegan.

Y si os parecen tan monstruosas estas domésticas fieras aun cuando quedándose en la parte inferior del hombre le hacen tan cruda guerra de que no han estado esentos aun los mayores santos ¿qué será cuando llegando á avasallar la voluntad establecen en ella su dominio? Entonces si que como cabeza de otros muchos delitos emplean en servir al amor propio, con la satisfacción mas detestable, todo el ser que recibieron de él. Vicios capitales los llama por eso el catecismo, pero que aun llegando á este grado toda el alma que los anima y los sostiene es el amor propio. Creedlo al gran padre San Agustín que, reconociéndolos todos y examinando su naturaleza, concluye que el amor es el que les da la vida y el peso que los mueve y los arrastra: *Amor meus pondus meum, illo feror quocumque feror*. Dénseles en hora buena los nombres de soberbia, de ira, de avaricia y los demás con que se conocen comunmente y distinguen entre sí; pero todos ellos en la realidad no son otra cosa que el mismo amor propio con diferentes nom-

bres segun los varios objetos á que se deja arrebatar. Porque ¿qué otra cosa es la soberbia sino el amor propio que se complace y se deslumbra con la propia exaltacion? ¿Qué otra cosa es la avaricia sino el amor que con una sed insaciable de atesorar pone su felicidad en las riquezas? ¿La ira qué otra cosa es sino este mismo amor que busca su satisfaccion en las venganzas? ¿Qué es la envidia sino aquel triste horror y disgusto con que el amor propio deseándolo todo para sí, nada quisiera hallar bueno en otros? La luxuria, la gula y la pereza ¿qué otro objeto tienen sino el de satisfacer las desordenadas ansias del amor propio con vergonzosos placeres, con escesos en comer y beber y con huir la mortificacion que se representa en las buenas obras?

Ya, señores, no me hace fuerza, porque siendo este amor deleznable un vicio tan horroroso, siendo todo el blanco de la reprehension de los varones misticos no se le haya dado jamas un nombre que traiga consigo el caracter de su malicia, sino que se le haya conservado el de amor propio, nombre que, segun lo que espresa, nada tiene de abominable. Porque ¿qué nombre daria cabal idea de un vicio compuesto de todos los males, ni

que espresion se hallaria tan justa que abrazara cuanto hay en él de horrible y fiero? Por tanto si yo hubiera de reducir á una sola idea su malicia y pudiera bosquejaros como en un lienzo su fealdad, no hallaria pintura mas viva y cabal de él que la que hace San Juan al cap. 3º del Apocalipsis en que describe aquel dragon horrible explicado variamente por los intérpretes. Yo os pintaría un monstruo fiero temido aun de los mismos santos cuyo imperio se dilata por todas las gentes y naciones: le servirian de cabezas los siete vicios capitales, de diez cuernos las diez clases de desórdenes y pecados con que se quebranta principalmente nuestra santa ley. Vestiria sus diferentes miembros de fieros, é inmundos animales que simbolizan sus inclinaciones: desbocado y soberbio como el caballo, carnal como el oso, atrevido como el leon, voraz como el lobo, venenoso como la hidra y al mismo tiempo tardo y perezoso como el jumento. Concluido asi este grosero bosquejo de aquel afecto, principe á quien sirve y obedece el mundo, ¿cuanto nos faltaba aun para explicar el último término de su desorden y el centro todo de su malicia? Porque ¿quién lo creyera? toda su industria, todo su poder lo diri-

ge como á fin principal á trastornar y destruir el sabio órden que estableció Dios en la creacion del hombre y aquella correspondencia y armonia maravillosa entre el alma y el cuerpo. Unió Dios con la ley mas amable el tosco y grosero barró de nuestro cuerpo al alma espíritu novilísimo comparable á los mismos ángeles, depósito ilustre de aquellas tres potencias con que se asemeja á la inefable y augusta Trinidad: ya se ve que esta union no podia ser perfecta segun los sabios destinos de la providencia sino guardándose el debido órden entre estas dos partes tan diferentes en su ser y en su condicion de suerte que el cuerpo como esclavo sirviera al alma que debia ser la señora. Trastornóse en gran parte y se alteró esta armonia por el pecado original rebelándose los apetitos contra la razon y haciendo una cruda guerra con sus depravadas inclinaciones á la voluntad; pero aun despues de todo debia y podia el alma como príncipe legítimo y soberano sugetar las pasiones y mantener el dominio sobre su cuerpo á pesar de la rebeldia de los apetitos. Mas este ha sido el mas funesto, el mas lamentable daño del amor propio; apoderándose de la razon, ofuscando sus luces, sugiriendo á la vo-

luntad sus desordenados deseos avasalla el alma y la hace esclava vil y despreciable del cuerpo. ¡Qué confusion! ¡Qué vergüenza! Contemplad á esta noble porcion de la divinidad, á esta imagen y sombra de sus perfecciones, á este espíritu destinado al fin mas alto y soberano servir indignamente al cuerpo en los empleos mas detestables y andar arrastrándose como atado con las cadenas de los vicios tras de los apetitos! ¡Qué oprobio y que bageza tan indigna de una alma, en quien estampó su Criador el sello sagrado de la Trinidad incomprendible, que sirva al cuerpo con sus conocimientos, que le ayude con sus deseos, que le anime y aliente sirviéndole como instrumento de las obras mas indignas! Alma mia desdichada, espíritu mio al par que noble, infeliz ¿asi á pesar de tu soberano y alto destino te envileces y abates á la condicion mas miserable de esclavo vergonzoso del inmundo y sucio barro de mi cuerpo? ¿Así te olvidas de la grandeza de tu origen, de la ilustre condicion de tu ser y, despreciando una suerte igual á la de las inteligencias mas puras, vives contento en la mas humilde esclavitud y en el mas indigno ministerio? Tanto como esto es, señores, dejarse el hombre llevar de su amor propio.

Yo bien conozco que al oír quanto os he dicho procurando descubriros la naturaleza y efecto de esta universal pasión habreis quizá juzgado y reprehendido como menos importante una materia, que á mas de su generalidad puede parecer asunto mas propio de una moral especulativa, que de una esplicacion práctica, que debe dirigirse principalmente al provecho de los oyentes. Pero aunque yo no hubiera creído ser la materia mas útil aquella que manifiesta el origen de todas las pasiones; aunque los clamores con que los ministros del Señor gritan incesantemente contra el amor propio no justificara el empeño de poner descubierto su veneno; juzgaría este punto como el mas importante porque él nos da á entender la máxima fundamental del santo evangelio, y la que como doctrina característica de su religion vino á enseñarnos Jesucristo de aborrecerse y negarse á sí mismo, concebir un odio implacable contra su alma; ser este saludable aborrecimiento medio único de la salud eterna, y ser camino cierto de perderse el amor propio, son los eges sobre que rueda el evangelio, y en que estriba segun Jesucristo la perfeccion del cristiano. Ley, señores, que, aunque santa, espresa, indispensable, no la

juzgan por tal los mundanos allá en el fondo de su corazón. A unos parece un puro consejo que prescribe una obra de voluntaria supererogacion, que solo puede practicarse por aquellos hombres santos que viviendo solo para Dios se negaron del todo al trato del mundo y su comercio. Otros al oír las ásperas expresiones de aborrecimiento y negacion de sí mismo llegan á persuadirse que esta ley es dura sobremanera, que el evangelio es un yugo que agovia, que es una carga insoportable. Y ¿qué otra cosa significa aquella estravagante idea que se forma comunmente de la suma dificultad de salvarse? ¿qué aquellas comunes quejas de que para ser santo era forzoso no tener carne y sangre, no vivir en el mundo; tanto que al oírlos parece que la perfeccion evangelica es ó una quimera, ó una tirania? Por ahora sin consultar otra razon que la horrorosa pintura que os he presentado del amor propio, quisiera preguntaros ¿y no es la ley mas suave la que manda consumir un amor que es el origen todo de las pasiones que nos inquietan, afligen é incomodan? ¿No es la ley mas justa la que destierra una pasión, manantial funesto de cuantas desgracias cercan por fuera al hombre: robos y

fraudes, guerras, y pleytos, deshonras, imposturas, muertes, y todas las desdichas? ¿No es la ley mas dulce la que pretende establecer la debida armonia entre el cuerpo y el espiritu? ¿No es la ley mas acomodada á la naturaleza, y la razon la que prescribe hacer la guerra á un amor tan irracional que no pretende otra cosa que hacer al alma vil y despreciable esclava de la carne? Por último, señores, ¿podia nuestro amoroso Salvador habernos impuesto una ley mas facil, mas conforme á un hombre compuesto de alma y cuerpo, que la que se dirige á destruir un afecto que tiene por idolo y por Dios único de su aprecio la carne, y el barro?

Porque ved, segun el sabio pensamiento del angélico doctor Santo Tomas, para dar la última mano á la pintura que hemos empezado del amor propio, ved corrido el velo que cubre su Dios: ¿cuál es todo su idolo? el cuerpo vil y deleznable. Pero, vedle no cuando cubierto de telas y púrpura, cuando gozando de los honores y estimaciones con el exterior atractivo de la hermosura y donaire sirve por nuestro abuso mas de lisongear el amor propio que de desengañarle; miradle despues de haber penetrado hasta la espantosa cavidad de una huesa ó un se-

pulcro, y, si os lo permite el horror, entre gusanos y sabandijas, entre la podredumbre y corrompido polvo contemplad allí el digno obgeto é idolo del amor propio. Para esos miembros dispersos y confundidos con los humildes y despreciados busca el amor propio los honores y estimacion: para ese pobre monton de huesos solicitaba los tesoros el amor del avaro; para ese hediondo y horroroso cadaver buscaba aquella muger cortesana los afeites y alifios, la gala y compostura; para esa carne corrompida buscaba el amor desordenado de aquel joven los placeres sensuales. Para::: pero digámoslo de una vez: huesos áridos, carnes en que se apacientan los gusanos, ceniza, miseria, nada, este es el centro á que se dirige el amor propio, este es el objeto solo digno de una pasion tan irracional é inhumana.

Santa es sin duda é indispensable, suave, benigna y conforme á nuestra naturaleza, aquella ley soberana que prescribe el aborrecimiento de sí mismo y declara una continua y sangrienta guerra al amor propio. Ley con razon intitulada de gracia, no solo porque ella ministra con el precepto el socorro necesario para observarle, sino porque siendo su princi-



pal obgeto una victoria tan digna de un hombre racional, siendo lo que prescribe un punto tan conforme á la nobleza y honor de nuestra alma; en su observancia todo es suave y dulce, y nada que merezca el nombre de dureza insoportable. Ley por último que prescribiéndonos la victoria del amor, y el aborrecimiento de nosotros mismos es lo mismo que mandarnos que seamos cristianos perfectos, que intimarnos que seamos entendidos racionales. Declaremos pues, señores, abiertamente la guerra al amor propio enemigo el mas irreconciliable de nosotros mismos y no queramos abrigar en nuestro seno un monstruo implacable que se manifiesta y descubre perseguidor continuo de nuestra felicidad. Desterremos de nuestro corazon esta turba sangrienta que se apacienta de nuestra misma sangre, y aborreciéndonos con un saludable odio crucifiquemos cristianamente nuestra carne para poder resucitar algun dia gloriosos, y reynar con Jesucristo en la morada de la eterna gloria.

*Plática segunda: el amor propio encubierto y disfrazado.*

Nada es mas temible en la guerra

que un enemigo oculto y disfrazado, y nada puede mas contra el valor y esfuerzos que el artificio é industria con que tal vez sabe el hombre ocultar bajo demostraciones de una amigable paz el furor mas sangriento, ó bajo las apariencias del descuido el combate mas crudo. ¡Cuántas veces lo que no han alcanzado las armas y el valor ha conseguido el disimulo de una oculta asechanza, y de una bien dispuesta emboscada: y cuantas veces la plaza que no ha podido rendir ni el asedio mas tenaz, ni el asalto mas vigoroso, con una oculta mina fabricada bajo las murallas mismas que le sirven de defensa, se ha visto en pocos instantes arruinada, y en poder del enemigo! Guerra sobre la tierra es la vida del hombre en que cercado por todas partes de enemigos poderosos tiene aun dentro de si mismo los mas terribles: el mundo con sus escándalos, con sus sugestiones, el demonio, la carne y las pasiones con sus halagüeños apetitos, el amor propio como gefe de todos nos combaten á cara descubierta. Pero defendiéndose el hombre contra todos, armándose con las poderosas armas de la razon y de la gracia contra sus esfuerzos, le resta aunque vencer el mas artificiozo y disimulado contrario en su mismo amor

propio, no ya peleando descubiertamente, sino encubierto y disfrazado bajo el semblante de amigo de la razon, y parcial el mas fiel de la virtud. Os procuré mostrar en la tarde de ayer los funestos efectos de este amor: le visteis como el ministro mas sangriento manifestando contra nosotros la fiereza mas cruel; pero ahora habeis de verle bajo el apacible semblante de un fiel amigo y consejero ocultando todo su veneno: ayer le vimos auxiliado de la altanera tropa de nuestras pasiones haciendonos una abierta guerra conspirar á nuestra ruina: hoy valiéndose de las mismas armas de la razon y la virtud veremos sus artificiosos engaños y fingidas traiciones.

Y á la verdad, parece, que haciéndose el hombre cada dia mas habil en el arte de perderse, ha hallado su amor propio medios é industrias para que en un siglo tan espiritual y cultivado no sean ya los vicios groseros y andrajosos plebeyos, sino limados cortesanos. Las pasiones descubiertas que traen en su semblante toda la fea abominacion del delito, un método de vida abiertamente escandaloso, aquellos vicios que como un impetuoso torrente van manifestando á todos con su ruido sus peligros, no son muy del gusto

del amor propio: los funestos precipicios de estos, el deshonor y mal nombre que traen consigo no satisfacen á una passion que por todas partes busca la comodidad. Se dejan esta clase de vicios para los hereges y libertinos, y cuando mas para la hez despreciable del pueblo pecador que peca sin rebozo y sin disimulo. Por tanto el amor propio sabiamente disimulado ha hallado el funesto arte de encubrir el vicio, de unirle con la virtud y de corromper la virtud misma y hacerla su partidaria. Tres incomparables daños del amor propio disfrazado y oculto que explicaré con la posible brevedad.

Aquel artificioso engaño (tantas veces y con tan feliz suceso practicado en la guerra) que sugeria Corebo á los troyanos, ya desesperados de otro recurso, para que vistiéndose las armas é insignias de los griegos los sorprendieran en su misma victoria, es puntualmente el mismo que el amor propio ha sugerido siempre al corazon. Nuestros mismos enemigos, les decia el astuto joven Troyano á sus compañeros, nos darán las armas y los escudos, vistámonos y cubrámonos de ellos y entraremos sin ser conocidos por medio de los esquadrones griegos: porque ¿quién en el desórden ciego del combate podrá co-

nocer nuestro engaño? De la misma perniciososa industria se vale el amor propio, no ya para engañar á los otros, sino para alucinar y oscurecer su misma razon, y los dictámenes de una conciencia agitada con remordimientos: muda el nombre á los vicios, procura con el mayor artificio acomodarle el de las virtudes y haciéndolos parecer aun con el semblante de estas llega á introducir por amables domésticos los enemigos mas sangrientos. No hablo por ahora, señores, de aquella grosera hipocresía cuyo exterior todo es piedad, y el fondo todo malicia, de aquella que bajo la superficie y apariencia de ciertas virtudes oculta en lo interior grandes vicios: esta ficción por mas que se esfuerce el arte se deja conocer muy presto de los ojos advertidos y prudentes, y es muy difícil esconder los vicios bajo el velo de una fingida virtud. Tira el amor propio mas altas sus líneas, y para que no se descubra su engaño ha pretendido que los mismos vicios aparezcan con el semblante y nombre de virtudes: solo con quitarles aquella corteza que los descubre dejando ileso su fondo ha llegado el mundo á canonizar sus mismos delitos. El fausto y el orgullo se llama sabia razon de estado: canonizase la avaricia é insaciable sed

de atesorar por prudente economía: justificanse los transportes de la ira por celo del honor y cuidado de la honra; y quando para otros vicios no se ha hallado nombre, y semejanza de virtudes que acomodarle, se solicitan otros que inventó el capricho, para que perdiendo el delito poco á poco su nombre propio se pierda tambien el natural horror. Asi luego que un uso, por indecoroso que sea y ageno de las costumbres, modestia y honestidad de la religion que profesamos, llegó á levantarse con el nombre de moda, en vano se declama contra su relajacion ó sus perjuicios. La vergonzosa desnudez en las mugeres, los trages provocativos, cierto ayre en los vestidos, arbitrios todos que establece y mantiene con esfuerzo la politica de un amor sensual, desdicen de la pureza de un cristiano, ofenden la casta profesion de un católico. Pero luego que se levantaron con el nombre de moda parece que se santificaron. De aquí ha provenido en todos los siglos el artificioso empeño de buscar á la corrompida pasion del amor algun nombre decoroso y político con que ponerla á cubierto de las justas censuras de los honestos y las interiores reprehensiones de la conciencia. Muda el nombre mientras que la nove-

dad de él enmascára, y encubre su indigno objeto; pero luego que se ha empezado á conocer el mal que oculta, se busca otro que de nuevo pueda engañar con sus falsos sonidos: servicio; habilidad, obsequio, demostraciones cortesanías, político cortejo; ¡qué bellos é inocentes nombres! pero ¡cuántos abominables vicios corren impunemente á cubierto de ellos! Por mas que se clame contra la licenciosa libertad de ciertas acciones con que públicamente se ofenden el pundonor y el decoro; por mas que lastimen aun á los corazones impíos y relajados aquel ayre soberbio con que se presentan en los templos, manteniéndose en pie al tiempo mismo que ofrece el sacerdote, y consagra al Dios de la Magestad el adorable cuerpo de Jesucristo: aquellas conversaciones descompuestas, aquellas vistas y risas peligrosas: ya desde que todo esto se santifica con el nombre de moda y marcialidad, en vano se querrá condenar por impia profanacion y sacrilegio desacato. ¡Industria rara haberle puesto al vicio la máscara y el nombre de las virtudes morales y políticas para que manteniéndose disimulado no pueda ser acometido! Si: (esclamaba ya desde su tiempo el gran Padre S. Agustin) el amor propio no

contento con satisfacer en todo la hambre insaciable de nuestras pasiones, aspira aun con el mayor atrevimiento á santificarnos: *sanctum est quod volumus. n. r. b. o. s.* Pero ¿qué provecho dirá alguno, podrá sacar el hombre de ocultarse á si mismo su corazon y querer apartar de si propio el conocimiento de sus artificios y disimulos? ¿Acaso será menos malo tendrá la conciencia mas segura por haber sabidose formar un sistema de piedad lisonjero acomodado á su genio, y por haber conseguido el secreto arte de dejar que reynen en paz sus apetitos desarréglados con haberles mudado los nombres? ¿Ni qué perjuicio podrá esto acarrear á los demas si todos pueden conocer el artificio y el engaño? ¡Ah que poco sabemos de las industrias del amor propio! ¡Qué poco queremos entender el funesto dominio que se arroga sobre nuestros conocimientos confundiendo sus luces, y haciendo pasar el contagio del corazon hasta el entendimiento! Si se hace menos horrible el vicio por el hermoso é inocente nombre con que se palia, mañana se pasa del nombre á la sustancia del mismo mal, y ya se le quieren hallar ciertas comodidades y escusas que calman las inquietudes y sobresaltos del corazon; den-

tro de poco por último se abraza sin temor, se califica al menos por una accion indiferente. Y de otro modo, señores, ¿podrian pasar y colocarse en la clase de acciones inocentes los mas detestables delitos entre tantas provincias y reynos dominados de la heregia, que por la torcida senda de su amor propio se precipitaron al abismo del error? Ah! que esto solo puede suceder, me diréis, allá entre los idólatras ciegos ó entre heréges impios y malvados, que viven sin la luz de la verdadera religion; pero entre nosotros está muy arraigada la fe para que podamos temer con fundamento semejantes excesos.

Yo bien lo sé, señores, y podemos llenos de regocijo gloriamos, sin injuria de las demas naciones, que somos la herencia escogida del Señor en que quiso plantar su fé; y se ha dignado cultivarla con tanto fruto. Pero no por eso debemos estar tan presumidamente confiados de que el amor propio, á fuerza de ocultar el vicio y santificarle, no queda tarde ó temprano acariararnos funestimos daños. Porque decídmelo ¿qué debemos esperar, ó que no debémos temer de una juventud intanta que desde que abre los ojos de la razon oyé llamar á los vicios con

nombres que tanto los disfrazan, y que disimulados irán domesticándose en su alma sin el menor horror? ¿Si desde su tierna infancia oye que el lujo, el fausto, la vanidad mas excesiva se llama razon de estado; si apartándose del pecho del ama, que le ha criado entre los obgetos mas escandalosos, oyé llamar á la soberbia, al desprecio y maltratamiento de los inferiores decoro y correspondiente uso del puesto ó de la dignidad; si á las mas arriesgadas correspondencias entre los dos sexos no se les da otro nombre que el de politico cortejo hasta llegar los mismos padres á celebrar por chiste (permitidme, señores, que lo diga como pasa mas de una vez) ó por gracia de la edad cuando sus inocentes hijos cuentan que tienen algun cortejo? Si así, vuelvo á decir, desde su sencilla infancia se presentan al hombre disfrazados los vicios: si las primeras ideas que de ellos conciben son cuando menos indiferentes en una edad que casi decide de la suerte del resto de la vida ¿qué debemos temer? De aqui, señores, como forzosa conseqüencia se sigue el otro incomparable daño que origina esta artificiosa astucia. Porque ¿qué provecho puede esperarse cuando los ministros de Jesucristo declaman desde los

púlpitos contra los delitos, ni que fruto harán por mas que los pinten con los mas negros colores, por mas que los detesten con el mayor zelo y fervor, si creyendo el que oye que el vicio que se condena no es aquel de que está él manchado; si el predicador y los oyentes tienen diversos dialectos; si mudados los nombres sería forzoso un diccionario nuevo para reprehenderlos? Lo que el predicador llama soberbia y orgullo, se llama en la frase del mundo tenerse uno en lo que es; lo que reprende como brutal venganza hija de la ira y enemiga de la caridad, es para los mundanos mirar por su honor y defenderle: lo que condena como disolucion y desenvoltura, la publica el mundo por fina civilidad de gente limada condenando el recato y el retiro por silvestre grosería de personas incivilizadas. ¿Qué fruto pues podremos esperar en esta confusión de idiomas en que, como en una corrompida Babilonia, cada cual habla el suyo sin entenderse? Con tanta novedad de hermosos nombres que ha inventado, y cada dia inventa el amor propio para disimular los vicios y disfrazarlos, se puede temer con razon que dentro de algun tiempo, ó el mundo no entienda los mandamientos de nuestra ley, ó que sea ne-

cesario siguiendo su language ponerlos en otro nuevo castellano. ¡Detestable abuso, perniciosísimo á la religion y á las costumbres, digno de la severa maldicion y amenaza con que el mismo Dios declama contra él!; Ay de vosotros que llamais al vicio virtud y á lo bueno malo!; *Vos vobis qui dicitis malum bonum et bonum malum!* Hasta aqui habreis pensado que esta lamentable astucia del amor propio es peculiar solo de aquellas personas que siguiendo el torrente de sus pasiones y el partido del mundo están del todo negadas á la piedad y devocion; pero ¡que está muy distante de aquella clase de cristianos tímidos y devotos que mirando con horror los vicios, aun disfrazados, hacen profesion de la virtud propia de su calidad y de su estado. Yo lo confieso así, que es grande el número de aquellos á quienes estos vicios groseros, por mas que se oculten y disfracen con nombres engañosos, les dan en cara y les descubren toda su fealdad. Pero para estos reserva aun el amor propio otra astucia mas fina y delicada sabiendo en cierto modo establecer un arte de unir la virtud con el vicio y de acordar el mundo con la religion: segundo daño de las ilusiones del amor propio que prometo explicaros.

Este astuto amor que por todos caminos procura llegar al término de su propia satisfacción, que nada omite y de todo se vale artificiosamente para conseguir cuanto complace al hombre, le honra y le distingue; no podía menos que solicitar por todos los medios posibles atraer á su partido á la virtud. Por una parte como la devoción es una calidad digna de alabanza y de honor, que se hace respetar aun de los mismos indevotos, y pecadores descubiertos; como por otra parte una virtud humilde, una piedad mortificada, y segun el espíritu del evangelio es del todo enemiga irreconciliable del amor propio; él ha buscado arbitrio para gozar sus privilegios sin tener su merecimiento. Secreto por cierto ignorado de los santos y justos, pero maravillosamente practicado por nuestro amor. Se dispone la devoción al gusto del albedrio, se buscan aquellas prácticas de piedad mas conformes al genio, se dan á Dios ciertos ejercicios de culto exterior; pero conservando en el alma los afectos del siglo. Saber hablar un poco de Dios con un tono de voz dulce y misterioso, un semblante entre grave y risueño que sirve de compostura al rostro, una ó muchas misas oídas cada dia sin devoción, algunas oracio-

nes rezadas con priesa y por costumbre nos dan el nombre y titulo de devotos. Pero al mismo tiempo no percibimos la disonancia, y poca conformidad de este titulo con la relajacion: juntamos con esta devoción un nimio cuidado de nuestras comodidades y conveniencias; una refinada delicadeza y gusto en los banquetes y los manjares, el mas prolijo esmero en los vestidos costosos y brillantes adornos: una exorbitante magnificencia, un tren lucido que esceden nuestras rentas y facultades, una tenaz adhesión á nuestro propio juicio; aquel negarse á la razon cuando se trata del propio interes ó de la honra, aquel altivo desden con los estranos, aquel rigor insufrible con los domésticos y vivimos seguros y satisfechos de que somos devotos y piadosos porque practicamos algunas exteriores obras de piedad? Y que, ¿católicos, la penitencia y mortificación, el crucificar su carne, el negarse del todo á sus apetitos, las severas máximas del evangelio son un puro fantasma, son solo una verdad especulativa, cuya práctica se deja á las personas miserables de baja fortuna, y sin la que pueda subsistir la verdadera y sólida devoción? Porque ¿qué deshonor no hacen á nuestra religion, cuyo caracter es la abne-

gacion de sí mismo; la mas severa é im-  
 placable guerra contra nuestra propia co-  
 modidad; aquella junta monstruosa de  
 egercicios cristianos y divertimientos mun-  
 danos, y aquella horrórosa mézcla de es-  
 teriores señales de piedad con toda la sa-  
 tisfaccion y gusto que sugieren nuestras  
 pasiones? Estoy por decir que falta muy  
 poco para que á fuerza de descarnar la  
 virtud, y quererla apartar de aquella aus-  
 tera severidad de su rigor, inseparable de  
 su condicion, venga á quedar en un triste  
 y disforme esqueleto vestido de los adorno-  
 nos de una vida delicada. Mas lastimosa  
 está en el sexo de las mugeres que, califi-  
 cado por la misma iglesia con el renom-  
 bre de devoto, quiere aun en punto de  
 virtud establecer ciertos privilegios como  
 debidos á la delicadeza de su estado. No  
 se habla de mortificacion y penitencia; la  
 debilidad del temperamento no la con-  
 siente: no hay que nombrar humillacio-  
 nes; el lustre de la familia no la sufre: en  
 vano se aconseja el retiro; su estado no le  
 permite: no se trata de oracion; las visi-  
 tas la impiden, la cabeza está debil, y se  
 les asusta su tierno corazón solo á oír los  
 nombres de infierno, de muerte, de jui-  
 cio, de eternidad sin fin. Esta era aquella  
 virtud que el grande Agustino reprehendia

y condenaba como una piedad que enga-  
 ña á quien la tiene y burla á los demas,  
 llamando á estos devotos contemplativos,  
 santos engañados y engañadores: *Falsos  
 atque fallentes sanctos*. Pero que mucho  
 ¿qué una piedad tan lisongera y confor-  
 me al capricho de nuestro gusto esté tan  
 viciada de las condescendencias de nues-  
 tro amor propio, si aun la piedad que  
 parece mas sólida y mejor fundada no  
 está libre de sus artificiosos engaños? Es-  
 te era, señores, el tercer daño que de-  
 bia descubrirnos causado por la pasion del  
 propio amor que convierte en instrumen-  
 to suyo aun la piedad que tiene las mas  
 sólidas y sencillas apariencias.

Pero ¿qué podré yo deciros en una  
 materia tan delicada y espinosa, y en que,  
 mas que en otra alguna, apura hasta los  
 últimos esfuerzos de sus artificios el amor  
 propio? Cuantos abrazando con ardor las  
 prácticas mas austeras de la devocion,  
 aquellos egercicios ruidosos y dificiles de  
 piedad, acomodándose á nuestro genio las  
 mas penosas mortificaciones de una vida  
 cristiana, quiza nos adulamos á nosotros  
 mismos y buscamos mas que el agrado de  
 Dios, aquella interior complacencia que  
 se siente en el egercicio de las obras difi-  
 ciles y de gran trabajo, olvidando entre



tanto ciertas menudas prácticas indispensables y propias de nuestro estado y ministerio. Pasa con gusto aquella persona devota las mañanas enteras en los templos, gasta las horas en oraciones y retiro, participa de los sacramentos con la mayor frecuencia; pero acaso olvidada de su casa y familia, de sus hijos y criados, lo que le complace es una devota ociosidad, ó una ociosa devoción que prefiere á los penosos usos domésticos y trabajo económico que pide su estado: tal declama agría y severamente contra la disolución de las costumbres, contra la licenciosa libertad de los mundanos y quizá lo que tiene todá la corteza de activo zelo es una secreta emulación ó poca caridad: tal busca los honores en la misma penitencia, y tal por ventura en su misma humillación no le pesa del aplauso. No quiera Dios que al querer descubrir vuestras llagas os causara otra mas sensible haciendo sospechosa la sólida virtud de tantas almas santas, y dando motivo á la maledicencia para torcer indignamente las acciones del prójimo. No, no debemos ser jueces del proceder ajeno, sino del nuestro; y sería la temeridad mas reprehensible sospechar de la virtud de otros, porque tal vez suele abusar de ella el amor propio. Por tanto vuelvo á

decir, para una materia de tanta importancia, y en que se roza tanto la temeraria sospecha con el justo discernimiento, sería necesario tiempo mas dilatado y expresiones mas vivas y sabias que las que me pueden sugerir mis cortas luces. Este es el último alcazar adonde como á fortaleza la mas oculta y mejor defendida se suele retirar el amor para defenderse de los asaltos de la fé y la razon. Pero nuestro corazón, como un campo de confusa guerra en que lidian los afectos y las virtudes, tiene tan ocultas celadas, consejos tan reservados, son tantos los ardises del amor propio, sus disfraces y sus traiciones que solo á Dios está reservado, como gage de su sabiduria infinita, su claro conocimiento. Se afana el hombre, estudia el arte de poder conocer el corazón ajeno: pero sus fondos son tan ocultos, sus retretes tan escondidos, tan finos y delicados sus pliegues que budan y hacen sea inútil este empeño.

Pero si esto es tan difícil y arduo, no lo es tanto conocer el propio nuestro y los engaños de nuestro amor. Volved, pues, nos dice el mismo Dios, volved engañados prevaricadores á vuestro corazón: *Reddite prevaricadores ad cor.* Volvamos, pues, oponiendo á los ingeniosos

artificios de nuestro propio amor no otra cosa que aquella sencilla intencion en nuestras obras que nos aconseja el Apóstol. Hacedlo todo, decia, para gloria de Dios, ó ya sea que comais, ó que bebais, ó que practiqueis cualquiera otra obra: *Sive ergo manducatis, sive bibitis omnia in gloriam Dei facite*. Entremos hasta el fondo de nuestro corazón y veamos si nos conduce nuestro gusto ó comodidad, ó la gloria de Dios y de Jesus. Busquemos allí, decia el venerable y doctísimo Kempis, busquemos á Jesucristo y á su gloria, porque allí hallaremos lo que buscamos, ó á Dios si solicitamos su agrado, ó á nosotros mismos si nos guía el propio amor: *Si queris in omnibus Jesum invenies utique Jesum, si autem queris te ipsum invenies te ipsum*. Esta pureza de intencion, esta sencilla solicitud de buscar á Dios en todas nuestras obras sobre la tierra será el medio mas seguro de hallarle en esta mortal vida para gozarle sin fin en la eterna.

*Plática tercera: el amor propio vencido y curado consigo mismo.*

Habreis creido, señores, cuando esperais de mi que os esponga esta tarde

al amor propio remediado y destruido por el mismo amor que ó me ha de ser forzoso desdecirme y retractarme de cuanto os he dicho en las precedentes exhortaciones contra sus detestables y funestos daños, ó que os vengo á proponer alguna increíble paradoja. Porque ¿qué otra cosa podreis pensar cuando os he pintado al amor propio manantial de todas las pasiones, padre de los vicios y origen de los errores mas perniciosos; al verle ahora propuesto con los mayores elogios como una virtud noble, cristiana, raiz de nuestra felicidad y fundamento sólido sobre que estriba el soberano edificio de la perfeccion evangélica? Pero nada menos; ni cuanto os he dicho en las tardes antecedentes es otra cosa que una verdad canonizada por la infinita sabiduria de Jesucristo, ni la que ahora voi á proponeros es menos que un dogma santo é infalible autorizado por el mismo Dios. La medicina del cuerpo ha llegado á descubrir el último secreto de convertir en triaca y antidotos saludables algunos venenos, y de curar tal vez las heridas emponzoñadas con los mismos animales que las han causado: semejante provechoso secreto os ha de descubrir esta tarde la medicina celestial de las almas curando el amor

propio y sus daños con el mismo amor propio. No sería menester para explicar utilmente este remedio, sino esponer sencilla y desnudamente la misteriosa sentencia del Salvador en que condena el amor propio. El que ama, dice Jesucristo, á su propia alma en este mundo, la pierde sin remedio para siempre, y el que la aborrece con un odio saludable, para siempre la gana: *qui amat animam suam, perdet eam; et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam*. Pero no merece, espone el gran padre San Agustin, el nombre de amor aquella pasión que aspirando solo á viles placeres, á honores pasajeros y á riquezas transitorias arrastra la alma á deshonras, tormentos y miserias eternas. Por tanto, concluye el mismo padre con igual solidez que agudeza, entonces se aborrecé cuando mal se ama, y entonces se ama cuando bien se aborrece: *si male amaveris tunc odisti, si bene oderis tunc amasti*. Considerando yo atenta y cuidadosamente este ingenioso pensamiento sobre aquella misteriosa sentencia del Salvador, he llegado á pensar que este amor con que el pecador se ama, es tan funesto y pernicioso porque no es propio, y que todo el remedio consis-

te en amarse un hombre á sí mismo.

Porque ¿qué otra cosa es el amor propio, aun atendiendo á la significacion y valor de estas palabras, que un amor de sí mismo? ¿ni cómo podrá el hombre amarse á sí mismo sino amando lo que él es en realidad y lo que tiene? Por consiguiente si yo amo lo que yo no soy ni me amo á mi mismo, ni me tengo amor propio: justamente, pues, podemos asegurar que ningun pecador tiene amor propio, porque siempre que en sus desórdenes y vicios corriendo tras de sus desenfrenados apetitos ama sus comodidades y deleytes; ama es verdad, pero un vano fantasma de hombre que le finge su capricho, y que de ningun modo es el mismo que se ama. Pasemos, señores, una ligera revista sobre las principales pasiones hijas de este amor propio fantástico, y concluiremos con evidencia, que el pecador en sus desórdenes no se ama á sí mismo; sino á una vana sombra que no es él. Ama el ambicioso soberbio los honores que ennoblecen, distinguen é ilustran al que los tiene; pero él por el contrario desvanecido é hinchado se envilece y se abate: medita el iracundo la venganza que satisfaga el corazon, y temple los transportes de la ira; pero él cuando se

venga; se irrita mas y se enfurece: anhelan el deshonesto y el avariento por las riquezas y los placeres amando un cuerpo que quieren saciar con la comodidad y el deleyte; pero ellos no son los que se sacian, antes bien se experimentan llenos de inquietudes, disgustos y sobresaltos. De este modo los hijos de los hombres no se aman á sí mismos, sino á una vanidad y una mentira. Los perversos (oid al angélico doctor de quien es todo el penamiento) no conociéndose á sí mismos, no se aman así, ni lo que son: sino lo que juzgan ser erradamente: *unde mált non recte cognoscentes se ipsos, non vere diligunt se ipsos; sed diligunt id quod se ipsos esse reputant.* Ahora bien me direis ¿cuál es el amor propio, y cual entre todas las virtudes singularmente aquella, que curando los daños de un amor propio mentiroso, solamente merece llamarse con este nombre? cual habia de ser sino aquella que teniendo por cargo el manifestarnos lo que somos nos enseña tambien á formar el debido aprecio de nosotros mismos; aquella que siendo el fundamento de todas las virtudes cristianas es el remedio mas eficaz y oportuno de un amor, raiz y origen de los vicios todos; aquella que siendo lo primero y último

del cristiano, el tesoro inefable de las riquezas de Dios, nos colma de incomparables bienes. La humildad, señores, quiero decir, es el verdadero amor propio.

Aunque no tuviéramos otra prueba para calificar la grandeza de esta virtud que el misterioso modo con que sobre ella se esplicó la sabiduría infinita de Jesucristo, esto solo bastaria á darnos la mas alta idea de ella. Dos veces (refleja un piadoso escritor) habló Jesucristo á sus discípulos calificándose á sí mismo con el título de maestro y una y otra no les da otra leccion que la de la humildad. Aprended de mí, dice al cap. 11 de S. Mateo, que soy manso y humilde de corazón. Vosotros me llamis maestro y señor (les decia en ocasion de haber egercitado el mayor acto de humildad lavándoles los pies) y decís bien porque lo soy; pues si yo siendo vuestro maestro me he humillado debéis hacer lo mismo vosotros. ¿Y qué, esclama atónito S. Agustin, tan grande cosa es humillarse que á sola la humildad parece que reduce Jesucristo la perfeccion toda de un cristiano? ¿en ella estan cifradas las virtudes todas? ¿á esto solo se han reducido los tesoros de la sabiduría y ciencia del padre escondidos en Jesucristo, que en esta sola leccion com-

pendia toda su doctrina? Si, porque ella sola enseña al hombre el arte de engrandecerse haciéndose pequeño, y el arbitrio prodigioso en que está cifrada la perfección de amarse y conseguir todos los bienes por medio del desprecio. Yo bien sé que en el lenguaje del mundo no hay cosa mas opuesta que humildad y amor propio; pero para entender su estrecha union no nos detengamos en la exterior apariencia de los nombres, sino lleguemos hasta el fondo de esta virtud.

Es la humildad, dice el catecismo, una inclinación al propio desprecio; es, nos dice en otros términos S. Bernardo, aquella virtud con que el hombre se conoce verdaderamente á sí mismo, despreciándose al mismo tiempo que se conoce. Ved ahí, señores, los dos maravillosos extremos en que consiste un verdadero amor propio: conocer el hombre verdaderamente lo que es, y tratarse y apreciarse como quien es. ¡Oh! si yo pudiera, para daros á entender el prodigioso modo con que la humildad tiene estos dos extremos, penetrar hasta el abismo de miserias que oculta el hombre, y hacerlos ver las que la humildad le demuestra en solas aquellas breves cláusulas de S. Bernardo: *¿quid fui? ¿quid sum? ¿quid ero? ¿qué fui? ¿qué*

soy? ¿qué seré? Pasemos por ahora en silencio lo que por toda la eternidad fuimos, porque con decir que nada fuimos lo decimos todo; ignoramos lo que seremos, y ¡oh qué justo temor! acaso eternamente infelices, seremos mas viles que la nada; pero si lo único que tenemos apreciable es lo que somos; ¿qué es el hombre? Si os digo que en lo material y visible es una flor efimera que brota por la mañana y se marchita por la tarde, que es el animal mas infeliz que nace y muere llorando pasando una vida corta llena de miserias, de enfermedades y de desdichas: que sale al mundo rodeado de peligros, cercado de enemigos, desnudo sin abrigo, sin armas, sin defensa: que en su infancia las lágrimas, que en su niñez los pueriles divertimientos, que en su juventud los transportes mas violentos, en su madurez las congojas y los cuidados, en su vejez las dolencias y achaques son su infeliz herencia: si os digo que aun en el uso de sus espirituales potencias envuelto en errores y tinieblas á cada paso cae y tropieza su ignorancia; que su voluntad es un juguete de las mas vergonzosas y abominables pasiones, inconstante en sus afectos, ligera en sus propósitos, abominable en sus inclinaciones: si os digo todo esto, aun

no he dicho nada de su miseria. Seria necesario hacer una menuda y esquisita relacion de sus desórdenes, delitos é ingraticudes para formar algun concepto de lo que es. Quanto tiene dentro de sí es en cierto modo ageno. Nada de lo que tiene fuera de sí, riquezas, honores, puestos, dignidades le puede engrandecer, porque nada de esto le quita un punto de su miseria: todas las distinciones brillantes, que fomentan nuestro orgullo y nos aturden, no son otra cosa que vanas apariencias que dejan al hombre en su misma vileza y abatimiento. Todos, señores, sin distincion somos igualmente miserables y viles, porque aquello que nos distingue á unos de otros es del todo extraño y fuera de nuestro mismo ser. Conozco que por mas que me esfuerce á explicarlo nada digo. Pero ¿cómo pudieran unas voces limitadas manifestar una miseria que es infinita? Sirvanos, pues, por último la enérgica espresion de S. Pablo para explicarnos en algun modo que es el hombre. Sea soberano señor, ó plebeyo infeliz, esté elevado á la cumbre del honor, ó abatido al abismo de la desdicha, sea sabio, ó rico, pobre, ó ignorante ¿qué es al fin? nada: *si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit*. Y con este conoci-

miento tan profundo, á la luz de esta verdad tan clara ¿cómo se apreciará el hombre, si se aprecia como quien es? ¿cómo se amará á sí propio, si ama lo que es en sí mismo? Si es nada apreciándose en nada; si es miserable y despreciado polvo, despreciando los honores: si es pobre esclavo de sus pasiones renunciando las riquezas; si enemigo de sí mismo, que por todos los medios solicita su eterna perdicion, tratándose como tal con las asperezas y mortificaciones que sugiere el odio; si por último es y se conoce vilísima criatura, digna solo de los desprecios y abatimientos, anhelando ansioso por ser despreciado y abatido. ¡Qué no pueda yo presentar este retrato á todos los mundanos y pecadores para que, ya que huyen voluntariamente ciegos de conocerse á sí mismos, se vieran en esta copia fiel que con tan propia semejanza nos pinta la humildad! ¿Y qué le falta para ser el retrato mas fiel y parecido? Véase el rico y poderoso, y verá que sus riquezas y su poder nada le añaden á la vileza de su condicio: véase el mas elevado á brillantes puestos y dignidades y hallará, que á pesar de su aparente elevacion, se mantiene abatido en el abismo de su nada: véase el joven robusto gozando alegre la

apacible primavera de sus años: la dama hermosa encantada con los atractivos de su belleza, y hallarán que al uno su robustez, y á la otra su hermosura de nada les sirven para no estar dentro de poco tiempo bajo un horroroso sepulcro consumidos de la podredumbre y los gusanos. De este retrato, señores, de este vivo y profundo conocimiento de la propia miseria se vale diestramente la humildad, no solo para conducir al hombre al desprecio de sí mismo, sino aun para inclinarle y hacerle que anhele, que aspire y que desee gustoso el abatimiento, la mortificación y los desprecios; porque, reflejad, no satisfecha esta virtud con poner al humilde en estado de conformarse y de sufrir pacientemente todo cuanto disgusta á la carne y á las pasiones, á mas de esto le hace formar una tan clara idea de su vileza, de su indignidad y su miseria que, juzgándose indigno de todo, abraza y recibe con gusto lo mas penoso. Esta es toda la energia de la breve esplicacion que nos ha dado el catecismo de la humildad: *inclinacion al propio desprecio*, y este es tambien aquel misterio oculto de la gracia que únicamente comunica, y descubre Dios á los humildes, y que no solo ignora el mundo, sino que aun mira con

irrisión como estravagante necedad ó locura.

Que un hombre (de este modo discurre la prudencia del siglo) á la luz de la fé con la continua memoria de una espantosa eternidad se sugete á vivir mortificado, se niegue á sus pasiones y apetitos, crucifique su carne y sus sentidos es cosa que aunque á pesar de la natural repugnancia puede conseguirla una virtud cristiana; pero que un hombre compuesto de carne y sangre halle su gusto en las penitencias, que le aflijan y horroricen los placeres, que le incomoden las riquezas, que huya espantado de los honores y estimaciones; esto no se hace creíble sino en un bronce ó marmol con semblante de hombre, ó en un insensato ó insensible. ¿Así prudentes engañosos? ¿Luego no eran de carne y sangre tantos humildes confesores tan amantes de la mortificación, que aborreciendo aun el preciso sustento y descanso, les pesaba y amargaba la vida por la necesidad de mantenerla con el alimento y el sueño? ¿Luego era insensibles tantos ilustres penitentes que empleando los días en oracion continua, macerando su carne con ayunos y sangrientos castigos, ya pasando la noche sumergidos en helados estanques,

ya entre punzantes cambrones y espinas era para ellos dulce regalo la penitencia é insaciable incomodidad el regalo? ¿Luego no tenían juicio un Francisco de Asis, un Juan de Dios, y otros santos sin número que solicitaban y buscaban ansiosos las irrisiones, las injurias y los desprecios tan satisfechos cuando los conseguian como el mundo con los honores y los aplausos? Prudentes eran, sensibles y muchos de ellos vestian una carne criada entre delicias y regalos; pero se conocian á sí mismos y este conocimiento los arrebatava violentamente y los inclinaba gustosos á las mortificaciones y los desprecios. Bien puede el mundo calificar á esta virtud de insensatez y de locura y protestar que ella es para él un misterio incomprensible; que al fin es ciego y no se conoce.

Si á mí me fuera concedido para acabar de descifraros esta racional virtud con que los santos mientras mas se amaban á sí mismos mas se mortificaban y despreciaban: si yo pudiera penetrar hasta el fondo de aquellos corazones humildes, y descubrir el prodigioso modo con que su conocimiento y su amor eran los inexorables verdugos egecutores de su abatimiento y sus mortificaciones, entonces si po-

dria daros una idea clara y cabal de esta virtud. Yo me imagino que, abismándose hasta el profundo de la miseria de su ser, sumergidos en su misma nada, se dirian á sí mismos: cuerpo mio yo te amo; pero porque te amo tiernamente te debo dar lo que mereces: eres polvo, y que mal se te acomodan las telas y los brillos, y que ajustados te vienen los andrajos y vestidos sucios: eres iumunda carne en que se han de apacentar los gusanos, y que agenos te fueran los placeres, las delicias, y los alimentos delicados, y que propios te son los ayunos y las penitencias: eres vaso en que rebosa la malicia y la iniquidad, burlas injuriosas fueran para ti los honores y los aplausos, y solo se te debe el mas indigno tratamiento: te amo y deseo verte algun dia revestido de gloria, y embriagado de purísimos deleytes, por eso te purifico mas y mas con un padecer transitorio. Así discurrían los santos; pero mal dije, no discurrían así, porque solamente quien fuere verdaderamente humilde podrá explicar y concebir esta hermosísima union que tienen entre sí el amor propio y la humildad. Pero aun á vista, señores, de lo que confusamente os he explicado ¿no tenemos bastante fundamento para creer que es la humildad re-



medio oportuno que cura de raiz las mortales dolencias del imaginado amor propio? Traed á la memoria lo que dijimos la primera tarde: aquel es raiz de las pasiones, ésta es fundamento de las virtudes: aquel envilece al alma y la hace esclava vergonzosa del cuerpo; ésta sujeta al cuerpo y le hace obediente criado del alma: aquel tiene por ídolo suyo á la carne; ésta la consume y la sacrifica en las aras de la penitencia; y cuán lejos está ella, y cuan distante pone al hombre de los artificiosos disimulos del amor propio que esplicamos ayer! porque la que descubre á su dueño los vicios mas ligeros, la que reputa por delitos enormes las faltas mas pequeñas ¿cómo podrá permitir que el vicio se oculte con nombre de virtud ó que viva á cubierto de ella?

Por último, señores, si lo que os he dicho os parece una de aquellas sutiles máximas de la vida espiritual á que no se acomodan facilmente las ideas de unos hombres, que, ó por su estado y condicion, ó por su puesto y egercicio, se ven precisados á vivir manteniéndose entre el ruido del mundo el honor, el lustre y el decoro; yo quiero sin repugnancia acomodarme á vuestro modo de pensar. Si lo que mas os pica es una justa y hon-

rosa ambicion, si este es todo el centro de vuestro amor propio, solo la humildad puede ser amor propio digno de quien aspira á los honores. Mortal, perecedera y que se desvanecerá con vosotros es la honra que os puede dar el mundo: aquellas frias losas que cubrirán algun día vuestros huesos sepultarán tambien con ellos en profundo silencio vuestros honores, vuestros aplausos y aun vuestro mismo nombre: no habreis conseguido otra cosa con el mas honrado destino, que el que perezca y se acabe vuestra memoria con el sonido ruidoso de unas campanas. Solo la humildad os grangeará en el mundo y aun entre los hombres un nombre inmortal que nunca perezca, un honor eterno que pase de gente en gente, de nacion en nacion, de siglo en siglo. Solos los laureles que tege la humildad no marchita la muerte: solo las coronas que ella adquiere no consume el olvido. No hizo el gran Teodosio inmortal su nombre, ni por el cetro que empuñaba, ni por las victorias que conseguia; sí por haberse postrado humilde á los pies del ilustre prelado de Milan. San Luis y San Fernando no gozaron para sí, para España y Francia los gloriosos honores con que se aplauden subiendo á la cumbre del

trono; sino humillándose á la penitencia. Luego solo la humildad es el verdadero amor propio, porque quanto mas parece que nos envilece y abate, tanto mas nos ensalza y engrandece: solo el humilde es grande á los ojos de los hombres; pero mas grande á los de Dios porque él solo se hace digno objeto de sus alabanzas y de su aprecio: solo el humilde es grande; porque él solo en el ejercicio de la humildad va atesorando las mas ricas virtudes. Conoce el humilde su ignorancia y la cortedad de sus luces, y este conocimiento le hace sugetar sin repugnancia su entendimiento á los misterios de nuestra fé. Conoce su miseria y sus pasiones, y esto le lleva á poner solo en Dios su confianza y esperar en él con firmeza. Conoce que quanto tiene le viene sin mérito alguno de Dios solo, y esto le obliga al mas tierno agradecimiento y á pagarle con sólido amor sus beneficios. Conoce al fin que es nada; y quanto mas se humilla, mas se ensalza; quanto mas se abate, tanto mas se levanta; y quanto se sepulta hasta el abismo profundo de su nada, entonces vuela mas ligero á la cumbre de la gloria.

## PLÁTICAS DOCTRINALES

### DE LA GRACIA SANTIFICANTE.

#### *Plática primera: la naturaleza de la gracia.*

Siempre ha admirado el mundo cristiano aquellas gracias obradoras de portentosos milagros con que ha adornado el Señor á algunos de sus siervos á beneficio de la iglesia santa señalándolos singularmente entre el resto todo de los fieles. Al leer en las historias sagradas y eclesiásticas aquellas ruidosas maravillas con que arrebatában tras sí la admiracion y afecto de los pueblos muchos varones santos; al acordarnos de los antiguos profetas descubriendo á los pueblos los mas ocultos misterios y los sucesos de los mas distantes tiempos; los repetidos milagros con que los primeros predicadores de la ley evangélica daban á conocer la omnipotente virtud del Señor, siendo tal vez la sombra de sus cuerpos medicina á las enfermedades; al traer á la memoria el prodigioso don de lenguas de un Xavier con